

TRIBUNA DE CASTILLA Y LEÓN

Dos buenos libros de dos buenos amigos

JUAN PABLO ORTEGA

SOMBRO! ¡sombro!, gritábamos los alumnos, unos en pleno cachondeo ante lo inevitable, otros, los más piadosos de entre nosotros, sin duda, para mortificarse. Y el padre Ceferino ponía un sombrero de teja delante del proyector para que no viésemos lo que amenazaba con seguir a la excesiva aproximación de los rostros de un varón y una hembra en una de las escenas de la película que nos ponían los jueves por la tarde en el colegio.

El colegio era el de los escolapios en la calle del General Díaz Porlier, en Madrid, y el tiempo el inmediatamente anterior a la guerra civil. Los años 35 y 36, cuando yo, que vivía en la calle Padilla, allí al lado, estudiaba el ingreso y el primero del bachillerato en dicho colegio religioso o, como se dice ahora, *de ideario*. Ideario que, por cierto, incluía por aquel entonces el que los reverendos nos tuvieran a los de pago en los pisos de arriba y sin especial atuendo, mientras que a los gratuitos les tenían con guardapolvos grises en el sótano.

Recuerdo lo del sombrero para que se vea que no todo fue regresión represiva tras la victoria del Glorioso Caudillo en la ya mencionada guerra. Al menos, en la manera de ver películas los muchachos de algunos pueblos, no lo fue. Concretamente en el Valdepinos que retrata Ignacio Sanz en *El año del petróleo* la proyección de películas en el cine del señor Olimpio se amenizaba con unos curiosos *desembragueos* y *embragueos* bajo la batuta de un tal Pelayo, *mozo algo falto* al que el propietario de la sala encargaba mantener el orden en el gallinero de los chicos. Eso sí, separado por un tabique del de las chicas.

Se trata de una de las escenas más o menos esperpénticas que, según se nos advierte en la contraportada del libro,



hay en éste.

Va de libros, sí. Estamos en verano y es el del verano un tiempo de vacaciones en el que resulta oportuno que el articulista, que ya ha hablado de otras, se refiera a las obras como *El año del petróleo*, de Ignacio Sanz, y *La esfera de humo*, de José Antonio Abella, ambas publicadas en la misma colección, *Arca abierta*, de Grijalbo Mondadori, y, sin que eso quiera decir que no puedan gozar tanto o más con ellas otros lectores más o menos entrados en años, dirigidas a los jóvenes.

Los elogios que, a juicio del articulista, merecen ambos libros no están motivados por la amistad que dicho articulista profesa a sus autores, segovianos ambos: el primero de nacimiento y el segundo de necesidad, ya que, mientras Ignacio Sanz, et-



nólogo, alfarero y una infinidad de cosas más, vino al mundo en Lastras de Cuéllar, José Antonio Abella, médico, poeta, escultor en piedra y hierro, también polifacético, vio la primera luz en Burgos pero ha llegado a hacerse absolutamente necesario en la ciudad del Acueducto.

Me alegra el alma el tener ocasión de hablar bien al alimón de estos dos libros de dos muy queridos amigos. Creo que cuando mis lectores lean esos libros me agradecerán el que haya escrito sobre ellos: Son muy distintos, desde luego, pero uno y otro merecen de sobra, por distintas razones, el tiempo que se ocupe en leerlos.

Puesto que he empezado hablando del libro de Ignacio, de reciente publicación, posteriormente en el tiempo al de José

Antonio, seguiré diciendo que, en una colección dirigida a las hornadas humanas más recientes, será de provecho para ellas cuando les muestre aquel tiempo pobre y agobiante en el que quien regía nuestra país llegaba a estar en la imaginación de los muchachos como un picador en una corrida de toros y en el que el despertar el amor de un chico llevaría a éste a hacer añicos el retrato del milite que, desde la pared y junto al crucifijo, presidía el aula de la escuela del pueblo. Todo contado sin acritud, con buena prosa y buen humor. Dos cosas que nunca faltan en los libros de Ignacio Sanz.

La esfera de humo no trata de un tiempo más o menos nuestro, sino que, con gran rigor histórico, desarrolla la acción en el Medioevo y en él don Yllán, alquimista, buscador de piedras filosofales, pero cuyo gran error ha sido *anteponer la ciencia a la sabiduría* y crear una esfera que tiene el poder de abrir las puertas del futuro, por ejemplo, se pregunta de qué pasta están hechos quienes, siendo jóvenes, parece que no pueden con un alma que a lo mejor no tienen. Y sabe que entre los hombres existen miserables que lavan la responsabilidad de sus acciones con el orgullo del deber cumplido y la obediencia debida. Y, *porque ya ha vivido muchos años y tiene muchos recuerdos adheridos a las paredes del cerebro como moscas o mariposas en una tela de araña*, sabe también que *una cosa es cambiarse a sí mismo y otra cambiar el mundo; aunque para cambiar el mundo haya que empezar por uno mismo; aunque cambiarse a sí mismo también sea cambiar el mundo: Que la ciencia y la sabiduría de don Yllán se confunden con la de este doctor, escultor y excelente escritor que, muy joven aún y, desde luego, sin telarañas en la mente, ya que la suya es amplia, despejada y bien ventilada, es José Antonio Abella.*